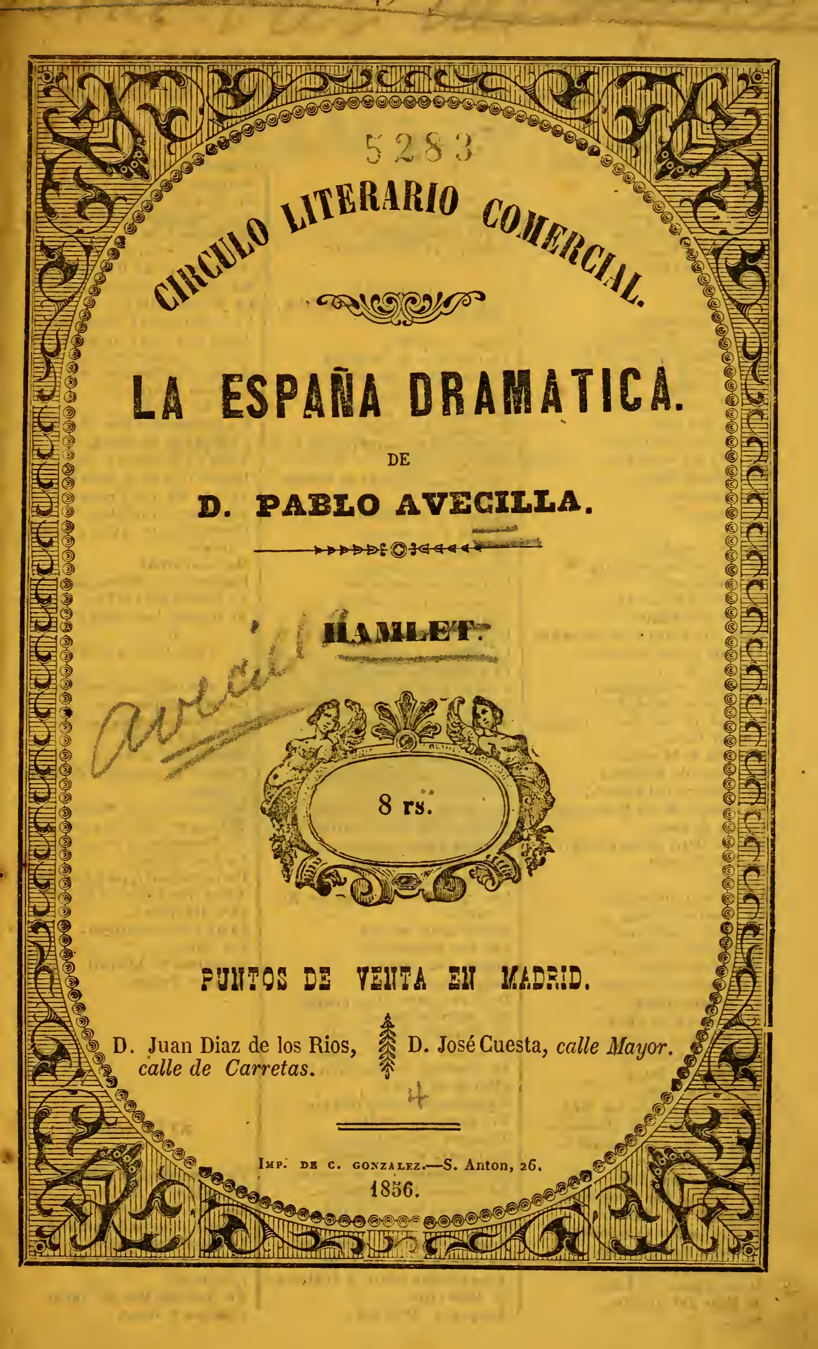

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

HAMLET.

avecilla

8 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.* — D. José Cuesta, *calle Mayor.*

4

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1856.

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS

Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser o los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Mejor es creer!
Los organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
Al pié de la letra.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo
La Flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno o la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridiculos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.

53

HAMLET,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

IMITACION DE SHAKESPEARE.

POR

DON PABLO AVECILLA.



N.º 295.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1856.

Al tiempo que nuestro teatro está inundado de producciones dramáticas francesas, carece absolutamente de alguna muestra del teatro inglés, y del gusto de aquel numeroso pueblo en los espectáculos. Ya por lo mismo nuestro célebre Moratin nos dió una fiel y exacta traduccion del siempre aplaudido drama de Shakespeare, *Hamlet*, para ofrecernos un modelo perfecto del gusto de aquel pais; pero el traductor español se limitó á hacer una version fiel y genuina de esa gigante produccion que tanto ha llamado la atencion de toda la Europa literaria. Imposible fuera presentarla en escena con todos los defectos del original, que diestramente conservó nuestro ilustrado Inarco Celenio, y yo concebí el pensamiento de arreglarla al teatro español sobre la traduccion de tan ilustre pluma.

Para ello ha sido preciso variar en todo la marcha y desenlace de la accion; variar el carácter de los personages, y modelarlos á un gusto racional; ha sido preciso al fin variarlo todo y aprovechar únicamente los magníficos y sorprendentes cuadros poéticos que Shakespeare nos ofrece, vertidos al castellano por la inimitable pluma de Moratin.

El público hallará en esta produccion una muestra del gusto inglés en los espectáculos, y hallará sobre todo situaciones eminentemente trágicas y nuevas, imágenes magníficas y sublimes, y un todo diferente de lo que ve generalmente en nuestra escena.

PERSONAS.

CLAUDIO, *Rey de Dinamarca.*
GERTRUDIS, *su esposa, madre de Hamlet.*
HAMLET, *Príncipe de Dinamarca.*
HORACIO, *Sumiller de Corps.*
POLONIO, *id. y padre de*
OFELIA, *dama de Palacio.*
MARCELO, *guardia de id.*
CORNELIO, *id. id.*

Caballeros y acompañamiento.

La escena es en Dinamarca, en el palacio real de Elsingor.

ACTO PRIMERO.

Gran salon de recibimiento en el palacio real de Elsingor.

ESCENA PRIMERA.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—HAMLET.— POLONIO.—OFELIA.— *Caballeros.—Acompañamiento.*

CLAUDIO. *(A los caballeros y acompañamiento.)* Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está en todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones, y á que en todo el reino se observe la imágen del dolor; con todo eso, tanto ha combatido en mi la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que á un tiempo fué mi hermana, y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion, si bien estas alegrias son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cán-

ticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido.

CAB. 1.° Vuestro pueblo espera hallar en Claudio un digno hermano y sucesor del virtuoso Hamlet.

CLAUDIO. Tales serán mis desvelos: yo os lo juro.

CAB. 2.° Dinamarca os recomienda el precioso vástago de los reyes daneses, al jóven Hamlet.

CLAUDIO. Seré su padre: yo os lo juro... *(Se retiran los caballeros y acompañamiento.)* Pero tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo, ¿qué sombras de tristeza te cubren siempre?...

HAMLET. *(Siempre sepultado en profunda melancolía y con vestiduras negras.)* Al contrario, señor; estoy demasiado á la luz.

GERTR. Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste afliccion; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos; el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET. Sí señora, á todos es comun.

GERTR. Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET. Aparentar!... No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida espresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las esterioridades de sentimiento, bastáran por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad, pero son acciones que un hombre puede finjir... *(Tocándose el pecho.)* Aquí, aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia; lo demás no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO. Bueno y laudable es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no de-

bes ignorarlo; tu padre perdió un padre tambien, y aquel perdió el suyo. El que sobrevive limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo, es una conducta de obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, una alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazon parezca queriendo néciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿á lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que hieren nuestros sentidos? Eso es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon que nos da en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y nos está diciendo desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira... «mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte.» Modera, pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza; considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre.

GERTR. Sí, Hamlet, refrena tu dolor, y aquí en tu palacio, á nuestro lado, hallarás el bálsamo de la calma, y nos harás felices.

HAMLET. Obedeceros en todo será mi primer conato.

CLAUDIO. Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid: la sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazon. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el estrépito popular, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del Rey, repitiendo el brindis de la guerra: venid. *(Salen Claudio, Gertrudis, Hamlet, y Polonio llama á Ofelia que tambien se retira.)*

ESCENA II.

POLONIO.—OFELIA.

POLONIO. Ofelia, espera.
OFELIA. Qué me quereis, señor?
POLONIO. Acabaron tus amores con Hamlet.
OFELIA. Aun no entendeis mi llanto.
POLONIO. Y á qué tanta congoja? El frívolo obsequio del Príncipe debieras considerarle como una mera cortesía, un hervor de la sangre; una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir, y no permanece: hermosa, no durable; perfume de un momento y nada mas.
OFELIA. *(Con dolor.)* Nada mas!...
POLONIO. Pienso que no... puede ser que él te amára con sinceridad, sin que manchára borron alguno la pureza de su intencion; pero debieras temer al considerar su grandeza. El no tiene voluntad propia, y vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde; no puede como una persona vulgar elegir por si mismo, puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino, y por tanto esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de que es cabeza.
OFELIA. Me amaba tanto!...
POLONIO. Si te amaria, pero considera cual pérdida padeciera tu honor, si con demasiada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia, teme, hija mia; no sigas inconsiderada tu inclinacion; huye el peligro colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta es libre en esceso si descubre su belleza al rayo de la luna: la virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se

rompa, y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocio, los vientos mortíferos son mas frecuentes. La juventud, aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA. Si, ya os he complacido... pero ¡ay padre! me hablaba de amor con tan honesta apariencia, autorizaba cuanto me decia con tan sagrados juramentos...

POLONIO. Yo sé muy bien cuando la sangre hierve, con cuánta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son relámpagos, hija mia, que dan mas luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto, y no debieras tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal... Pero al fin, cómo oyó el príncipe tu desvío?

OFELIA. Ese recuerdo es el que me despedaza el corazon. Si le oyérais, si le viérais!

POLONIO. Y pálida te estremeces...

OFELIA. Me asió una mano, y me la apretó fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y fijó la vista en mí como si quisiera traspasarme hasta el corazon. Así permaneció largo rato, hasta que sacudiéndome el brazo y moviendo con arrebato su cabeza, comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino: salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella tornó á fijar en mí la vista con espanto. Ah! sí, padre, me adoraba!

POLONIO. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Temí que fuera solo un artificio suyo para perderte. Sospecha indigna! ah! tan propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Pero dime, le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA. No señor: en cumplimiento de lo que me mandásteis, solo le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO. A qué buscar otra causa de su melancolía!

OFELIA. Siempre le hallo desde entonces pálido y macilento, exhalando hondos suspiros, clavados los ojos en la tierra, rezando incesantemente, y tal vez mortificando su cuerpo.

POLONIO. Los reyes y todo el pueblo solo atribuyen tan profundo abatimiento á la reciente y desgraciada muerte de su tierno padre. Vamos, vamos á ver á los monarcas; conviene que lo sepan. Si les ocultamos este amor, seria mas grande el sentimiento que pudiéramos causarles teniéndole oculto, que el disgusto que recibirian al saberlo. Vamos, hija mia.

OFELIA. Pero entonces, señor. Ah! *(Viendo venir á Hamlet.)* Hamlet! evitemos su vista; si, vamos. *(Salen Polonio y Ofelia, y entran por el lado opuesto los de la escena siguiente: Hamlet siempre en una profunda melancolía.)*

ESCENA III.

HAMLET.—HORACIO.—CORNELIO.—MARCELO.

HAMLET. Querido Horacio, ¿y han pasado dos noches sin que te viera?

HORAC. Tanto debo á vuestro afecto?

HAMLET. Sí, bien lo sabes; y no creas que es lisonja, tú me conoces. Los que tienen almivarada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza, y doblen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardon. Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirles, tú fuiste el escogido y marcado para ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se avienen con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazon; sí,

en el corazon de mi corazon, como lo hago contigo.

HORAC. Seré el mas venturoso de los hombre, si lográra corresponderos á tanto cariño.

HAMLET. Cornelio, Marcelo, tambien os quiero á vosotros.

CORNEL. Vos nacísteis para amar.

MARCEL. Y Dinamarca os adora.

HAMLET. *(Con horror.)* Tambien sé por desgracia aborrecer, sí... aborrecer...

HORAC. Y será interminable vuestra tristeza? Perdísteis un padre, un tierno padre; pero al fin era mortal, y pudieran distraeros las bodas de vuestra madre.

HAMLET. Las bodas de mi madre! Aun no se habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda... Oh! Yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo antes que ver aquel dia!... Mi padre!... me parece que veo á mi padre.

HORAC. En dónde, señor?

HAMLET. Con los ojos del alma, Horacio.

HORAC. Señor, yo creo que le ví anoche.

HAMLET. Le viste?.. á quién?

HORAC. Al Rey vuestro padre.

HAMLET. Al Rey mi padre!...

HORAC. Prestadme oido atento. suspendiendo un momento vuestra admiracion, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos dos amigos.

HAMLET. Sí, por Dios, dímelo.

HORAC. Marcelo y Cornelio le habian ya visto, hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura, semejante á vuestro padre, armado segun él solia de piés á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y magestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados por el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible, voyme á la guardia con ellos por la

noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habian dicho, así en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió, señor: yo conocí á vuestro padre; ó es tan parecido á él como lo son entre sí estas dos manos mias.

HAMLET. En dónde fué eso?

CORNEL. En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET. Y no le hablásteis?

HORAC. Sí, señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la visera, haciendo con ella un movimiento como si fuera á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga, desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET. Es cosa bien admirable!

MARCEL. Y tan cierta como mi propia existencia. Hemos creido que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado Príncipe.

HAMLET. Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbacion... Estais de centinela esta noche?

CORNEL. Sí señor.

HAMLET. Decís que iba armado?

HORAC. Sí, armado.

HAMLET. De la frente al pié?

MARCEL. Sí señor, de piés á cabeza.

HAMLET. Luego no le visteis el rostro?

HORAC. Le vimos, porque traia la visera alzada.

HAMLET. Y qué, parecia que estaba irritado?

HORAC. Mas anunciaba su semblante el dolor que la ira.

HAMLET. Pálido ó encendido?

HORAC. No, muy pálido.

HAMLET. Y fijaba la vista en vosotros?

HORAC. Constantemente.

HAMLET. Yo hubiera querido hallarme allí.

MARCEL. Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET. Sí, es verdad, sí... y permaneció mucho tiempo?

HORAC. El que puede emplearse para contar de uno á ciento con moderada diligencia.

CORNEL. Mas, mas estuvo.

HORAC. Cuando yo lo ví, no.
HAMLET. La barba blanca, eh?
HORAC. Lo mismo que cuando vivia, de un color ceniciento.
HAMLET. Quiero ir con vosotros esta noche al puesto por si acaso vuelve.
CORNEL. Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.
HAMLET. Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos que asi como hasta ahora habeis callado á los demas lo que visteis, de hoy en adelante lo oculteis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadle al pensamiento, pero no á la lengua, y yo sabré remunerar vuestro celo. Adios, retiraos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.
HORAC. Descansad en nuestro amor.

ESCENA IV.

HAMLET.

El espíritu de mi padre... con armas... qué asombro! Recelo alguna maldad... Oh! si ya hubiese llegado la hora!.. Esperaré tranquilo... Aunque las entrañas de la tierra oculten los crímenes, la Providencia vela para su venganza... *(Queda en profunda meditacion.)*

ESCENA V.

HAMLET.—POLONIO.—CLAUDIO.—GERTRUDIS.

POLONIO. *(Observando á Hamlet desde los bastidores.)* Vedle, monarcas: los ojos clavados en la tierra, pálido...
GERTR. Qué triste abatimiento, querido hijo!
CLAUDIO. *(Acercándose á Hamlet.)* Hamlet, Hamlet, hasta cuando nos llenarás de amargura con tu profunda melancolia?

HAMLET. *(Advirtiendo, pero como enagenado.)* Son ya las once?

GERTR. Conque asi fatigas tu imaginacion?

HAMLET. *(Con afectada tranquilidad.)* Pensaba en la naturaleza humana, en la admirable fábrica del hombre! ¡Qué noble su razon, qué infinitas sus facultades, qué espresivo y maravilloso en sus formas y movimientos, qué semejante á un ángel en sus acciones, y en su espíritu qué semejante á Dios! Pues no obstante, no juzgueis que me es de grande estimacion ese purificado polvo. El hombre no me deleita y menos la mujer.

POLONIO. *(Despacio á Gertrudis.)* Ois, señora?

GERTR. Sabes que tienes una madre que te adora; vuelve á tu contento; yo te lo juro, tu amor te llenará de delicias.

HAMLET. *(Con vehemencia.)* Mi amor; si, mi amor me ha arrebatado de poco tiempo á esta parte la alegria, y ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina me parece un promontorio estéril; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre magestuosa, sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores... Pero me hallo fatigado; voy á rezar, á implorar la misericordia divina por aquella alma en pena...

ESCENA VI.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—POLONIO.

CLAUDIO. ¿Observásteis su semblante, la penetracion y terror de sus miradas? No, no solo el amor de Ofelia le despedaza, alguna otra fatal y secreta causa le devora.

GERTR. Siempre fué melancólico, siempre fué tan sensible que el desvio de Ofelia habrá sido bastante á sepultarle en el letargo.

POLONIO. Ofelia me ha jurado que fué visible su trastorno. Ved el lenguage ardiente de esta carta *(Dando*

una carta á Claudio.) y será quizá suficiente á convenceros.

CLAUDIO. *(Leyendo.)* «Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia.»

GERTR. Y esa carta se la ha mandado Hamlet?

POLONIO. Y Ofelia me la ha entregado.

CLAUDIO. *(Leyendo.)*

Duda que son de fuego las estrellas;
duda que al sol el movimiento falta;
duda de un Dios cuando sublime truena,
pero no dudes de mi amor las ansias.

HAMLET.

GERTR. Y tú, Polonio, mandaste á Ofelia que desoyera sus amores?

POLONIO. Qué pensará de mí Vuesa Alteza si hubiese tolerado? ¿si haciéndome violencia á mí propio, hubiese permanecido silencioso y mudo mirándole con indiferencia? Hija, la dije, Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera; esto no puede pasar adelante. Y la mandé que se encerrase en su estancia sin recibir recados ni admitir presentes; y ella, señora, solo ha hecho llenar mis preceptos.

GERTR. Ah! si la rara hermosura de Ofelia fuese el dichoso orígen de la melancolía de Hamlet! Entonces debiéramos esperar que sus amables prendas pudieran para su mútua felicidad restituirle su perdido contento.

CLAUDIO. No, no seria bastante; no he visto en su frente el dolor ni el abatimiento; he visto envueltos el terror y los furores. Pero, Gertrudis, la grandeza y la córte nos espera... vamos.

GERTR. Y cuidaremos de Hamlet.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gran esplanada delante del Palacio Real de Elsingor: noche oscura y tempestuosa.

ESCENA PRIMERA.

MARCELO.—CORNELIO, *con armadura, espada y lanza.*

MARCEL. Bien sabes que no temo los peligros; pero ahora tiemblo con espanto, y si no me acompañáras no pudiera sobreponerme al terror que hiela mis miembros.

CORNEL. *(Imitará la escena lo que dice el recitado.)* El lúgubre aspecto de estas antiguas murallas, el hondo silencio que reina en los profundos fosos, el sordo silbido de los vientos, el penetrante gemido de las ondas, el negro manto de la noche, el encapotado cielo, el trueno pavoroso, todo inspira un terror religioso á que cedieran las mas robustas almas.

MARCEL. A cada instante me parece que rasgándose los cielos, vuelve á presentársenos la espantosa vision.

CORNEL. Ay Marcelo! qué asombro! qué triste presagio!

MARCEL. Si otra vez apareciese, si helado de terror cayese en mortal congoja, no, amigo, no me abandones.

CORNEL. Aun tendremos valor bastante para soportar su vista, y Horacio, Horacio que impávido se atre-

vió anoche á hablarla, sabrá inspirarnos denuedo.

MARCEL. Pero ya han dado las once, y ni aun pasos se oyen por estos solitarios contornos.

CORNEL. Acaso detenido por Hamlet... pero calla *(Escuchando.)* me parece oir un leve rumor de armas... Sí, ya le percibo distintamente. Quién vive? *(En voz alta.)*

ESCENA II.

Dichos.—HORACIO.

HORAC. Cornelio, amigos.

MARCEL. Te esperábamos con impaciencia.

HORAC. Y qué, ha vuelto á aparecer la vision?

CORNEL. No, nada hemos visto.

HORAC. Y aun no ha venido Hamlet?

CORNEL. Creíamos que tú le acompañáras.

HORAC. No, no le he visto, y ya media la noche.

MARCEL. Allá en el lejano horizonte se abre el cielo en pálidas llamas. Acaso el ronco y formidable trueno anunciará la aparicion de la sombra. *(Relampaguea y truena sucesivamente con mas frecuencia.)*

CORNEL. Yo no comprendo esta terrible vision; pero en mi ruda manera de pensar pronostica alguna estraordinaria mudanza á nuestra nacion.

HORAC. Parece á la verdad un tristísimo presagio. En la época mas gloriosa y feliz de Nínive, poco antes que Nino cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad, gimiendo en voz confusa: las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celages funestos, y la luna padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiera llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que anuncian los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos lo han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente.

CORNEL. Infeliz Dinamarca!

MARCEL. Mi acalorada fantasía me presenta la vision á cada instante.

HORAC. La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo, habia hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo, donde ahora resplandece, al tiempo que el reloj daba las doce, fué el momento de aparecérsenos.

CORNEL. Y á la voz del gallo, al punto se estremeció, cual delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oido decir que al despuntar el lucero matutino, todo estraño espíritu errante por la tierra, ó por el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro, y la fantasma que hemos visto acaba de confirmarnos la certeza de esta opinion.

HORAC. Ya toca la estrella el mismo punto que anoche tocaba á la aparicion, y aun Hamlet no llega.

CORNEL. *(Se aumenta la tempestad.)* El firmamento redobla su terror, y el trueno cual la voz de los inmortales, llena de terror á la tierra.

MARCEL. *(Aparecerá en el fondo del teatro la sombra del rey Hamlet, con todas armas, manto real, yelmo y la visera alzada. Los de la escena quedarán aterrados.)* Oh!... Miradle!...

CORNEL. Amparo!!

HORAC. Prodigiosa fantasma!

CORNEL. Con la misma figura que tenia el difunto Rey. *(Despues de un intérvalo de terror.)*

HORAC. No se parece todo al Rey? Mírale, Cornelio.

CORNEL. Muy parecido es; su vista me conturba con miedo y espanto.

MARCEL. Querrá que le hablen?

CORNEL. Háblale Horacio.

HORAC. *(Adelantándose hácia la sombra.)* Ah! sí, ¿quién eres tú que asi usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un dia la magestad del soberano dinamarqués, que yace en el sepulcro? Habla, por el cielo te lo pido.

MARCEL. *(La sombra va desapareciendo lentamente.)* Parece que está irritado.

CORNEL. Vés? se va como despreciándonos.

HORAC. Detente, habla; yo te lo mando, habla.

CORNEL. Detente, habla.
HORAC. Le daré con mi lanza?...
CORNEL. Sí, herirle si no quiere detenerse. *(Desaparece la sombra.)*
HORAC. Se ha ido; nosotros le ofendemos con hacer demostraciones de violencia. Bien que segun parece es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.
CORNEL. No es enteramente parecido al Rey?
HORAC. Como tú á tí mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso Rey de Noruega; y asi le ví arrugar sañuda la frente, cuando en una alteracion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo de un solo golpe.... Estraña aparicion es esta!
MARCEL. Pero pasos suenan... Hamlet.

ESCENA III.

Dichos.—HAMLET *armado.*

HORAC. *(A media voz.)* Hamlet.
HAMLET. Yo soy.
HORAC. Y cómo tanto tardaste? Ahora mismo, ahora mismo acaba de desaparecer la sombra de vuestro padre y nuestro rey.
HAMLET. La sombra de mi padre!! Y ya desapareció, y vosotros la visteis!!
HORAC. Y yo la hablé; pero no quiso responderme.
HAMLET. Desdichado de mí!
CORNEL. No temais, acaso volverá.
HORAC. Y cómo así tardásteis?
HAMLET. Porque constantemente me han seguido los incestuosos reyes... Y volverá?
HORAC. Aqui esperamos la aurora.
HAMLET. *(Como distraido, contemplando con admiracion el cielo al oir los truenos.)* Qué espectáculo tan magnífico! Qué estrellado firmamento! La voz del Señor truena espantosa! Ay amigos! qué dulce melancolía se derrama en una alma sensible contemplando esos fulgentes ojos de los

cielos, esas estrellas inmortales... Pero decid, su sombra estaba irritada?

TODOS. Si, irritada.

HAMLET. Irritado aquel escelente Rey, tan amante de mi madre que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro... Cruel memoria! Amigos, ella que se mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos, y en un mes, en un mes, enrojecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó, se casó con mi tio, hermano de mi padre; pero no mas parecida á él, que yo lo soy á Hércules! Oh delincuente precipitacion! Ir á ocupar con tanta diligencia un lecho incestuoso!

MARCEL. *(La sombra vuelve á aparecer en lontananza.)* Oh señor!! veis? ya viene!

HAMLET. Angeles y ministros de piedad, defendednos.— Hamlet, *(Se aterran al ver la sombra, y despues de un intérvalo, Hamlet se adelanta hácia ella)* mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca. Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime por qué tus venerables huesos ya sepultados han roto sus vestiduras fúnebres; por qué el sepulcro donde te dimos urna pacífica, te ha echado fuera de si, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Por qué tu difunto cuerpo todo armado torna otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror, y que nosotros ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que esceden al alcance de nuestra razon?

MARCEL. *(La sombra hace movimientos que indican llamar á Hamlet.)* Os hace señas de que le sigais.

HORAC. Con qué espresivo ademan os llama, pero no hay que ir con él, no!

CORNEL. Ah, no!

HAMLET. Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORAC. No hagais tal, señor.

HAMLET. Y por qué no? Qué temores puedo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal? Otra vez me llama: voyle á seguir.

HORAC. *(Quieren detener á Hamlet, pero les repele con violencia y les sigue.)* Pero señor, si os arrebata al mar, ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impediros el uso de la razon y enagenarla con frenesí... Ah! ved lo que haceis; el lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en lo profundo su bramido ronco.

HAMLET. Todavía me llama! camina, ya te sigo.

CORNEL. No, no ireis.

HAMLET. Dejadme.

HORAC. Creedme, no le sigais.

HAMLET. Mis hados me conducen, y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aun me llama; oh! apartad esas manos, por Dios, ó quedará muerto á las mias el que me detenga. Otra vez te digo que andes, ya te sigo.

(Hamlet deshaciéndose de los que le detienen, sigue á la sombra que va desapareciendo; estallará un espantoso trueno, caerá una manga de fuego: la sombra y Hamlet desaparecen, y Horacio, Cornelio y Marcelo, caerán aterrados.)

ESCENA IV.

HORACIO.—CORNELIO.—MARCELO.

HORAC. *(Incorporándose lleno de terror despues de un largo intérvalo.)* Hamlet! Ay Hamlet!!

CORNEL. Horacio!

HORAC. En vano quiero sacudir el terror que me hiela... Hamlet, desdichado Hamlet.

MARCEL. Qué asombro! qué espanto!

CORNEL. Visteis arder el cielo, crugir los robustos palos, y retemblar la tierra. Oh sublime sombra!

HORAC. *(Mirando con terror por la escena.)* Oh Príncipe! No, amigos, no le volveremos á hallar; para

siempre Hamlet y la vision desaparecieron.

MARCEL. Infeliz!

CORNEL. Tal vez sumergido en las bramadoras hondas siente todo el horror de la agonia; tal vez la sombra le ha despedazado entre sus manos, y ni sus cenizas conservar podremos oficiosos.

HORAC. O allá le sepultó en los hondos centros de la tierra, ó arrebatado por el éter, ya huella esas trasparentes bóvedas.

MARCEL. Qué enlutado destino se oculta á Dinamarca!

CORNEL. Tal vez aquel fuego aterrador que brillaba es la imágen de la sangre que ha de enrojecer nuestro suelo.

HORAC. Oh víctima inocente! Hamlet no pudo irritar al cielo; Hamlet era virtuoso, Hamlet penetraba la armonia del Universo, y sabia sentir.

MARCEL. *(Hamlet aparecerá en el fondo pálido y desencajado; los de la escena se retiran horrorizados creyendo que es su sombra, y Hamlet va llegando con pasos fluctuosos.)* Oh! Es su sombra, piedad!

CORNEL.
HORAC. } Oh !!

ESCENA V.

Dichos.—HAMLET.

HAMLET. *(Mirando con asombro por todas partes.)* Será todo ilusion! Huello la tierra? El palacio del bárbaro!! *(Reconociéndoles.)* Amigos.

HORAC. El es!

CORNEL.
MARCEL. } *(Le abrazan.)* Hamlet!

HAMLET. *(Enagenado.)* Acordarme de ti! si, alma infelice, mientras haya memoria en este agitado mundo. Acordarme de ti!! Si, yo me acordaré.

HORAC. Hamlet!

CORNEL.
MARCEL. } Principe!

HAMLET. Si; por los cielos te lo juro... Oh! malvado!

malvado!... halagüeño y execrable malvado!

MARCEL. Delira el infeliz.

HORAC. Serena tu razon; estás con tus amigos.

CORNEL. Qué os ha sucedido, señor?

HAMLET. Oh! un portento.

HORAC. Confiad el secreto á nuestra amistad.

CORNEL.
MARCEL. } Lo juramos.

HAMLET. Lo jurais; teneis virtudes; impenetrable será en vuestro pecho el arcano de esta portentosa noche.

HORAC. Y la losa de nuestra tumba sellará mas el secreto. Hablad, señor, hablad.

HAMLET. A mis conturbados ojos ardió la naturaleza, rasgáronse los cielos, restalló el trueno pavoroso, y arrebatado en mortal estupor, sí, (y no será ilusion) me ví en las cóncavas cuevas que forman las asperezas de esa montaña para sostener el furor del mar irritado.

HORAC. Y nosotros por mucho tiempo perdimos el sentido á vista del pavoroso espectáculo.

HAMLET. Allí la venerable sombra arrancó un gemido, que corrió penetrante por las asperezas. Ah! sí, es un difunto venerable, sí; yo os lo juro, pero reprimid el deseo de saber lo que entre él y yo ha pasado.

HORAC. Y olvidareis nuestro juramento? No fiareis en nuestro eterno secreto?

HAMLET. *(Con vehemencia.)* Y me pidió venganza, sí, venganza!

CORNEL. Nuestras diestras empuñarán los hierros aterradores.

HAMLET. *(Id.)* Yo soy el alma de tu padre, esclamó, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el dia, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. Oh! si no me fuera vedado revelarte los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaria á despedazar tu corazon, helar tu sangre juvenil, tus ojos inflamados como estrellas saltar de sus órbitas, tus anudados cabellos separarse herizándose como las puas del colérico espin... Pero

citar horribles misterios no son para oidos profanos. Ay! atiende: si tuvieras amor á tu tierno padre...

MARCEL. } CORNEL. } Oh Dios!!

HAMLET. Venga su muerte, venga un homicidio cruel, atroz, un homicidio...

HORAC. Revela todo el secreto para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos nos precipitemos á la venganza.

HAMLET. Un asesino, dijo, un bárbaro asesino me arrebató la vida, cuando mi pecho estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber sonado el clamor de la agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa: presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no...

HORAC. Seguid.

HAMLET. Esparcióse la voz de que estando en mi jardin dormido me mordió una serpiente. Todos los oidos de Dinamarca fueron engañados groseramente con esta fabulosa invencion; pero tú debes de saber, hijo mio, que la serpiente que mordió á tu padre... No, no dijo mas... Adios, esclamó, Hamlet, ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del dia, derramando el ambiente de la mañana, y tengo que volver á los sulfúreos tormentos... Adios! venganza! adios! y desapareció de mis ojos espirantes.

HORAC. Y el asesino?

HAMLET. Tal vez mañana volverá la respetable sombra á turbar la quietud de las tinieblas, y entonces me lo revelará... Si, todo lo sabreis.

CORNEL. Cuántos crímenes quedarán envueltos en el misterio!!

MARCEL. Príncipe, sabeis nuestro amor.

HAMLET. Sí, bien os conozco; pero jurad por mi espada que nunca revelareis los prodigios de esta noche.

TODOS. Sí, lo juramos.

HAMLET. *(A Marcelo y Cornelio.)* Amigos, retirad: id á cubrir vuestros puestos: pronto nos veremos.

CORNEL. Sabeis que sé arrostrar los peligros.

MARCEL. Sabeis que es vuestra mi espada.

HAMLET. Adios, amigos.

ESCENA VI.

HAMLET.—HORACIO.

HAMLET. *(Con precipitacion, pero con reserva.)* La serpiente que mordió á tu padre ciñe la corona, dijo la sombra. Sí, aquel incestuoso, aquel mónstruo adúltero, tu madre, olvidando mi puro cariño, olvidando mi fidelidad á los solemnes juramentos que la hice en nuestro desposorio, me aborreció y se rindió á sus halagos.

HORAC. Oh bárbaros!!

HAMLET. Dormia en el jardin, y tu tio derramó en mi oido un licor ponzoñoso, sutil como el mercurio, y que se dilata por todos los conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre. ¿Y sufrirás, clamaba, que él tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominado incesto? Adios, adios; acuérdate de mí.

HORAC. Venganza, Hamlet, venganza!

HAMLET. Sí, descansa, descansa, agitado espíritu. Pero aun es preciso finjir, Horacio. Meditaremos el golpe, y será espantosa la venganza, espantosa. Sígueme, Horacio.

HORAC. El furor levantará nuestro brazo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de palacio.

ESCENA PRIMERA.

HAMLET.—HORACIO.

HAMLET. No, Horacio; no me es dado sacudir el terror que aun hiela mis miembros. La sombra de mi padre, oh desdichado! allá entre eternas llamas espía los crímenes que un pérfido parricida no le permitió borrar con el humilde arrepentimiento.

HORAC. Desventurado monarca!

HAMLET. Aun vive, amigo, Hamlet; aun vive para terror del incestuoso regicida, y para vengar el negro crímen.

HORAC. Venganza, Hamlet; aplaca la irritada y venerable sombra.

HAMLET. Si, que devora á mi pecho una hidrópica sed que solo aplacará la sangre del malvado. Pero ay, Horacio! tú sabes cuánto adoré á mi padre, cuánto ansiaré su venganza; pero me horroriza la sangre; no soy un hircano tigre que de sangre me alimento. Una duda atroz me atormenta.

HORAC. Decid, señor.

HAMLET. Esa pavorosa vision que conturba las leyes de la naturaleza, ¿no pudiera ser un espíritu infernal que levantára mi brazo parricida? ¿No pudie-

ra anoche ser todo un sueño, un sueño de terror?

HORAC. Por tres veces apareció la sombra, y por tres veces vimos distintamente el arnés de vuestro padre, su aspecto magestuoso; por tres veces vimos á vuestro mismo padre irritado, amenazante...

HAMLET. Pidiéndome venganza.

HORAC. Las circunstancias que os dió de su muerte deben deshacer toda sospecha.

HAMLET. Y el presentimiento que grita en mi pecho, que arrebata mi razon, que enciende mis iras y pone mi diestra en movimiento; sí, todo me convence: pero escucha: aun yo quiero añadir otra prueba. He mandado ensayar para esta noche la tragedia de la muerte del conde Gonzago, que tiene la mayor semejanza con la muerte de mi padre. Fácil nos será hacer que Claudio asista al espectáculo, y los hombres culpables son heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro, que á vista de todos publican sus delitos. Nosotros á su lado le observaremos; si muda de color, si se estremece...

HORAC. El asesino fué...

HAMLET. Y será espantosa la venganza.

HORAC. Pero finjid serenidad y contento; arrancad de vuestro semblante esa profunda melancolía mensagera del huracan furioso.

HAMLET. Todo me favorece: los desvíos de Ofelia son creidos suficiente causa á mi tormento. No temas. *(Viendo llegar á Claudio.)* Oh! su sola vista me estremece de terror, inflama mis ojos, heriza mis cabellos.

ESCENA II.

HAMLET.—HORACIO.—CLAUDIO.—GERTRUDIS.

GERTR. *(Dirigiéndose cariñosa á Hamlet.)* Querido Hamlet, hijo mio.

CLAUDIO. Tu madre te buscaba solícita; no te ha encontrado en tu habitacion, ni hoy cual de costum-

bre has ido á saludarla... Pero siempre Hamlet con los ojos clavados en la tierra, exhalando profundos suspiros y estremeciéndote cual el esclavo á la irritada voz de su señor.

GERTR. Si, adorado Hamlet; hoy mismo te ha de deber nuestro amor la confianza de tus secretos. Tal vez dichosos podremos suministrarte el saludable bálsamo que cicatrice tus heridas.

HAMLET. Es verdad; he perdido por algunos momentos la alegria, pero otra vez volverá mi alma á su contento. Ahora si, ahora si soy muy desgraciado.

GERTR. Acaba de romper todo el secreto: el fuego que te anima; la ternura de tu alma; la lozania de tu edad juvenil. Ay Hamlet, amor sin duda...

HAMLET. *(Con vehemencia.)* Si, amor, amor me devora, me arrebata el contento y me sepulta en la melancolia. Si, amor, un amor puro, sin mezcla de profano, semejante al de los inmortales.

CLAUDIO. Y solo amor, Hamlet?

HAMLET. Si vos no sufristeis todo su infernal fuego, preguntad á mi madre, á mi madre que ha sentido toda su violencia, que algun dia la ha arrastrado como un furioso torrente.

GERTR. *(Claudio y Gertrudis se estremecen.)* Si, querido Hamlet, el amor será bastante para empalidecer tu rostro, y marchitar tus ojos centellantes... pero calma tu corazon, yo haré que sea tu amor correspondido.

HAMLET. Oh, mi amor no señora: ya quedará satisfecho.

GERTR. Serénate, Hamlet, y abandona tu suerte en manos de tus tiernos padres, que tanto anhelan tu felicidad.

HAMLET. Ya me esfuerzo, señora; pero nada es bastante á arrancar de un alma la melancolía. Para el desgraciado, cebarse en su dolor es su mejor consuelo. Abrumada mi razon de melancólicas ideas, solo en lo sublime, en lo que inspira terror y espanto, encuentra su consuelo; y para daros una prueba de que procuro distraerme, he mandado que esta noche ejecuten en la sala de espectáculos, una terrible tragedia, muy pocas veces ejecutada: alli gemiré con la victima,

allí cebaré mi sentimiento, y despues sacudiendo la ilusion, volveré al mundo físico, y tal vez me hallaré menos desdichado.

CLAUDIO. Y tambien nosotros te acompañaremos.

GERTR. Y yo te juro que volverás á ser feliz.

HAMLET. Asi me lo pronostica el corazon... Ah! pero voy un momento á mi rezo, á levantar las palmas á los cielos por aquel desdichado padre, que sorprendido por una serpiente, sí, por una serpiente, murió con todas sus culpas, y acaso espia en los tormentos sus debilidades humanas.

ESCENA III.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—HORACIO.

CLAUDIO. Tú, Horacio, que tanto debes á su amistad, habla, te pregunta tu monarca. ¿No le has arrancado el secreto que tanto le oprime?

HORAC. Hondos suspiros, ardiente lloro son las únicas confianzas que le he merecido. Sin embargo, podria aseguraros con vehementes indicios la causa positiva de sus males.

CLAUDIO. } Di!!!
GERTR. }

HORAC. Hamlet ha amado á Ofelia con todo el fuego de su alma, y viendo admitidas sus caricias, su amor degeneró en un volcan furioso. Ofelia, ingrata á tanta ternura, le ha devuelto sus billetes, se ha negado á sus obsequios y á sus visitas, y Hamlet es víctima de su pasion devoradora.

CLAUDIO. Y nada mas, Horacio? Tú le debes su confianza.

HORAC. No le debo, señor, otros secretos.

GERTR. Busca á Polonio y Ofelia, diles que vengan, que es preciso salvar al Príncipe á costa de cualquier sacrificio.

ESCENA IV.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.

CLAUDIO. Cada vez, querida Gertrudis, me llenan mas de terror la melancolía y tenebrosas palabras de Hamlet. Preguntad á mi madre, que el amor la ha precipitado como un torrente.

GERTR. No, Claudio, él te ama.

CLAUDIO. Voy á levantar las palmas por mi padre, decia con una voz confusa que arrancaba de lo profundo de su pecho, revolviendo con terror sus miradas. ¿Acaso, Gertrudis, pudiera haber penetrado en las densas tinieblas que envolvieron la muerte de su padre?

GERTR. Oh Dios! pero no, Claudio, tú solo, sin testigos, cuando dormia, entre espesos celages, derramaste en su oido el licor venenoso.

CLAUDIO. Si, y ningun mortal lo vió, yo te lo juro; solo allá desde el cielo pudo un ojo penetrante...

GERTR. Su cuerpo sin herida alguna tranquilizó los ánimos, y se le creyó mordido de serpiente venenosa... Ay Claudio, cuánto me cuesta tu amor!

CLAUDIO. Pero serás dichosa.

GERTR. Si, sí!... mas miro con espanto grabado con sangre en las eternas bóvedas el nombre atroz de parricida.

CLAUDIO. No quieras ser débil y confesar tu flaqueza.

GERTR. Creo llevar en mi frente el sello de mi delito, y tiemblo de mí misma como de mi mas implacable delator.

CLAUDIO. Basta de debilidad y pensemos solo en asegurar nuestra ventura... Oye, es preciso calmar mi sobresalto. Hamlet, tu hijo me llena de terror con sus miradas; hoy mismo, Gertrudis, hoy mismo habrá de salir de Elsingor y de Dinamarca.

GERTR. Qué dices! mi adorado hijo?

CLAUDIO. Si; Hamlet; pero está muy querido de la fanática multitud, y conviene para mantener la tranqui-

lidad, que su repentina ausencia aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables ó se alivian con desesperados remedios. Finjiremos un importante mensaje sobre los armamentos del jóven Fortimbrás, y Hamlet y sus adictos no podrán penetrar el misterio.

GERTR. Y asi quieres arrebatar de mis brazos á mi querido Hamlet? Serena tu rostro, nada tienes que temer.

CLAUDIO. Corta será la ausencia, y tal vez en nuevos climas hallará el remedio de sus males.

GERTR. Esperemos al menos que Ofelia devolviéndole su amor le restituya su contento. Sí, Claudio, verás que entonces Hamlet forma nuestras delicias.

ESCENA V.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—POLONIO.—OFELIA.

POLONIO. Qué teneis que ordenar?

GERTR. Amigos, solo Ofelia, la hermosa Ofelia puede volver á Hamlet con sus caricias la alegría que le ha arrebatado. Si Ofelia amase á Hamlet...

OFELIA. Por desgracia, señora, no me es dado sofocar la llama que en mi encendieron sus obsequios. Mi padre me hizo conocer muy al principio, que mi amor con el primogénito de Dinamarca me arrastrára á los peligros de ilusorios sueños; y yo hija obediente, comencé á poner diques á una pasion que nacia del centro de mi pecho, y que me arrebatára hasta el precipicio. La razon al fin, sin que pudiera dominar mis inclinaciones, me arrastró á devolverle sus billetes, y á negarme á sus visitas.

CLAUDIO. Y bien ¿no pudiera Ofelia alimentar las esperanzas del que tanto la adora, hasta que la rueda del tiempo gastára en su fantasia la reciente idea de la desgraciada muerte de su padre?

POLONIO. El honor del sexo hermoso, cual un puro cristal, se empaña al menor aliento, y jamás Ofelia será el tiro de la indignacion de Dinamarca.

GERTR. No, Polonio; conocemos vuestras virtudes, y respetamos vuestra reputacion. Si Ofelia amase á Hamlet; si Hamlet es venturoso con Ofelia, el amor ante las sacras aras les tenderá su coyunda.

POLONIO. Un Príncipe danés no puede elegir por sí; necesita el consentimiento de su pueblo, y no se buscan solo las virtudes para dividir el tálamo del monarca.

OFELIA. Y no puedo ser suya, porque es Príncipe.

GERTR. Solo poseyéndote, podemos volver á Hamlet su contento. Te adora, y todas las hermosas serán á sus inflamados ojos, negras sombras y despreciables séres. Los daneses aman demasiado á su Príncipe, para no procurarle su ventura. Tu ilustre nacimiento, el crédito de tu padre, tus virtudes, tu hermosura, todo, Ofelia, les inclinará á prestar gustosos su consentimiento para vuestro enlace.

CLAUDIO. El pueblo de Dinamarca no querrá faltar á antiguas y justas costumbres, ni el monarca danés podrá exijírselo.

ESCENA VI.

GERTRUDIS.—POLONIO.—OFELIA.

GERTR. *(Siguiendo á Claudio con los ojos.)* Y asi respondes á tanto amor y á tantos sacrificios! Y asi respetas tus juramentos, y eres el padre de mi desgraciado Hamlet! No, amigos, no cual débil caña será Gertrudis arrebatada por el furor de las tempestades, siguiendo el curso de su torrente. Yo sabré conseguir el consentimiento de Dinamarca, y hacer su secreto himeneo.

OFELIA. Yo adoro á Hamlet, y Hamlet me adora.

POLONIO. Harto sensible me es, señora, contradecir tan generosos sentimientos; pero á pesar de haber encanecido entre los pérfidos y dorados techos, el honor ha sido mi guia, y desconociendo la doblez, siempre fué mi lengua el órgano de la

verdad. Conozco vuestro poder en Dinamarca por el amor que os granjeásteis en todos los corazones: sé que Hamlet es el idolo del pueblo, y fácil os fuera conseguir su consentimiento para el enlace; pero el Rey se opone, y seria preciso procurar la voluntad de los súbditos por secretas negociaciones que cada cual interpretará á su arbitrio. Duro fuera á los daneses prestar un consentimiento que contrariára intereses populares, y procurándolo conseguir por secretos medios, se creyera obra de la baja ambicion de Polonio, y efecto de la vil corrupcion de Ofelia.

GERTR. Y el desdichado Hamlet, será víctima de su ardiente pasion, y Ofelia que le ama, escuchará sus gemidos, y reprimirá su llanto, sin poderle prestar dulce consuelo?

OFELIA. Oh señora!

GERTR. Ay amigos! cuán desdichada es la Reina de Dinamarca. Yo que he sentido todo el poder de las pasiones; yo que por ellas precipitada derramaré hasta la tumba un llanto ardiente que sin desahogar mi pecho abrasa mis mejillas, yo no podré prestar alivio á un amor puro, celestial...

POLONIO. Tal vez cederá y entonces...

GERTR. *(Viendo á Hamlet por las habitaciones interiores y le llama.)* Miradle, qué pálido, qué abatido. Hamlet! *(Entra despacio en la escena.)* querido Hamlet!

POLONIO. Desgraciado Príncipe!

OFELIA. Padre mio!

ESCENA VII.

Dichos.—HAMLET.

GERTR. Acaso ahora, Hamlet, hallarán tus ojos algun objeto que alivie tu melancolía.

HAMLET. *(Distraido.)* Ay madre! El sol radiante para mí perdió todo su brillo, y el suelo envuelto en tinieblas solo me presenta horrores.

GERTR. Ya sé todo el secreto; tú adoras á Ofelia.

HAMLET. Yo... es verdad... me fué dado amar allá en felices dias, pero...

GERTR. Tendrán pronto término tus males; la sagrada coyunda te unirá á tu hermosa Ofelia; ella te ama, y otra vez volverás á tu contento.

HAMLET. *(A Ofelia con vehemencia.)* No te cases, no; aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Todos somos insignes malvados; no creas á ninguno! vete, vete á la soledad de un desierto; allí contemplarás la naturaleza, allí lejana de los hombres no verás sus maldades.

OFELIA. Oh Dios!

POLONIO. No os dejeis arrebatar de un delirio que trastorna vuestra razon.

GERTR. Hamlet, Hamlet!

HAMLET. *(Con afectada tranquilidad y contento.)* Será mi esposa? Y gozaré de su amor y sus caricias? Hermosa Ofelia! Yo seré feliz con tus amores, y hallaré entre tus brazos mi calma y mi contento.

GERTR. Y bendeciremos vuestro amor!

HAMLET. Y vuestro esposo, señora?

GERTR. Estará en graves asuntos.

HAMLET. Vamos á buscarle, vamos, que se divierta tambien. Es ya hora de ir á la sala de los espectáculos, á ver el terrible drama que tengo mandado ejecutar. Vamos; tú, Ofelia, te sentarás á mi lado.

GERTR. Y serás felice, Hamlet.

HAMLET. Ya me vereis tranquilo.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Cuarto de la Reina, y dos retratos de adorno.

ESCENA PRIMERA.

HAMLET.—HORACIO.

HAMLET. Qué me querrá mi madre, Horacio? llamarme asi á su habitacion?

HORAC. No tardará en salir; os dejo.

HAMLET. *(Deteniéndole.)* No le observaste, Horacio? Cuándo la turbada vista del delincuente podrá ocultar su crimen! Oh bárbaro, parricida incestuoso! Y mil rayos desatados no toman la horrorosa venganza que arde devoradora ya en mi pecho.

HORAC. Qué turbacion! Cuál se estremecia...

HAMLET. ¿Qué malvado podria mirar en la escena sus mismos delitos, sin que la ilusion teatral no le llenase de espanto, y conturbados sus ojos no fuesen sus mas implacables delatores? Ah! cuando vió que Gonzago despues de recibir mil mentidos abrazos de su esposa, tranquilo gozaba de las delicias del sueño en un lecho de flores, ¿no le viste ya pálido, ya encendido, trasladarse en sus megillas las angustias de su alma?

HORAC. Estaba á su lado, y hasta sentia las vibraciones de su terror.

HAMLET. Cuando dormia el infeliz duque, cuando con muda planta y conturbados ojos recorria Luciano los frondosos celajes para evitar fieros testigos; cuando su trémula mano llegaba la ampolla del licor venenoso al oido del inocente, ¿advertiste el impulso que sintió en todas sus fibras el parricida Claudio?

HORAC. No pudo sufrir por mas el terror, y tuvo que abandonar el espantoso espectáculo.

HAMLET. Esta noche, esta misma noche verán esos pérfidos un espectáculo aun mas horroroso.

HORAC. Claudio ya os mirará con desconfianza; supondrá que habeis penetrado hasta en lo mas profundo de su corazon, y habeis visto su delito.

HAMLET. En vano querrá huir del esterminio que mi diestra le prepara. Pero, ay Horacio! mi madre... (*Viendo venir á Gertrudis.*) A pesar de su crimen, aun no la aborrezco.

ESCENA II.

GERTRUDIS.—HAMLET.—HORACIO.

GERTR. Tengo que hablarte, Hamlet. Retírate, Horacio.

HAMLET. (*Con disimulo.*) Toma todas las precauciones que te he dicho.

HORAC. Descansad en mi amistad. (*Se retira.*)

ESCENA III.

GERTRUDIS.—HAMLET.

HAMLET. Qué me mandais, señora?

GERTR. Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET. Madre, muy ofendido teneis al mio.

GERTR. Ven, ven aquí: tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET. Voy, voy allá... y vos me preguntais con lengua bien perversa.

GERTR. Qué es esto, Hamlet?

HAMLET. Qué es eso, madre?

GERTR. Te olvidas de quién soy?

HAMLET. No, no me olvido. Sois la Reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... ojalá no fuese asi... Ah! sois mi madre.

GERTR. Yo te pudiera hacer hablar con mas acuerdo.

HAMLET. *(Asiendo de un brazo á Gertrudis.)* Venid, y no saldreis de aquí; no os movereis sin que os ponga un espejo delante en que veais lo mas oculto de vuestra conciencia.

GERTR. *(Al ver Gertrudis la estraordinaria agitacion que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla y grita.)* Qué intentas hacer? Quieres matarme? Cielos, socorro!

HAMLET. No, no griteis: venid aquí; no os torzais las manos, y dejad que yo os retuerza el corazon, si no le teneis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto á toda sensibilidad.

GERTR. ¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET. Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor: una accion capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desórden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximára su fin temido.

GERTR. Ay de mi! Y qué accion es esa, qué accion...

HAMLET. *(Señalando los retratos de Claudio y Hamlet que se verán en la escena.)* Veis aqui en esta y esta pintura los retratos de dos hermanos?... Este fué vuestro esposo... ¿Veis ahora el que sigue? le veis bien? ese es vuestro esposo... Y pudísteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo! Ah! lo veis bien!... Ni podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia. ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar asi? Rebelde infierno! Si asi pudiste inflamar las

médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera, y se liquide en sus propios fuegos.

GERTR. Oh Hamlet! no digas mas... Tus palabras me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras manchas que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET. Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso! Envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!

GERTR. No mas, no mas; que esas palabras como agudos puñales hieren mis entrañas; no mas, querido Hamlet.

HAMLET. Un asesino... un malvado... vil... Inferior mil veces á vuestro difunto esposo. Escarnio de los reyes, usurpador del imperio, que arrebató la preciosa corona....

GERTR. No mas...

HAMLET. *(En furioso delirio, creyendo que vé la sombra de su padre.)* El es! El es!... Mirad qué pálida luz despide. Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras... Ay, no me mires así, no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTR. Ay triste! En qué piensas que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo! Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles; y tus cabellos que pendian, adquiriendo vida y movimiento, se herizan espantosos! Hijo de mi alma, oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion la paciencia fria! A quién estás mirando?

HAMLET. No veis nada allí? Miradle... le veis? Ahora se va... Mi padre, con el traje mismo que vestia... Veis por donde va? Ahora llega al pórtico.

GERTR. El desórden que padece tu espíritu, produce esas ilusiones vanas.

HAMLET. Desórden! Mi pulso como el vuestro late con regular intérvalo, y anuncia igual tranquilidad en sus compases... Confesad al cielo vuestra

culpa; llorad lo pasado, y precaved lo futuro.

GERTR. Despedazas mi corazon.

HAMLET. Si; pues apartad de vos aquella porcion mas dañada, y vivid con la que resta mas inocente. No volvais al lecho de mi tio; si careceis de virtud, aparentadla al menos. Conteneos por esta noche; este esfuerzo os hará mas fácil la abstinencia próxima; y la que siga despues la hallareis mas fácil en todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresion misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones, y alejarlas de nosotros con maravilloso poder... Si, huid su lecho, y cuando aspireis de veras á la bendicion del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendicion.

GERTR. Despedaza mil veces este pecho, y serás menos cruel.

HAMLET. Porque soy piadoso debo de ser cruel.

GERTR. Muévete á compasion.

HAMLET. *(Con el mayor furor y precipitacion viendo á Claudio.)* Oh, el bárbaro! No puedo tolerar su vista... No haced nada de cuanto os he dicho, nada... Permitid que Claudio hinchado con el vino os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas; y os tiente con sus malditas manos, y os bese con negra boca. *(Marcha precipitado.)*

ESCENA IV.

CLAUDIO, *con turbacion.*—GERTRUDIS *quedará en un profundo abatimiento.*

CLAUDIO. Esos suspiros! Esos profundos sollozos! ¿Por qué marchó Hamlet precipitado? Habla, Gertrudis...

GERTR. Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es mas fuerte.

CLAUDIO. Por qué le dijeras su pronto viaje?

GERTR. Oh! no, Claudio... nada le dije... nada le pude decir... porque sabe todo el secreto.

CLAUDIO. Cómo! qué dices!!

GERTR. Dejad que os retuerza el corazon, me repetia,

y sus penetrantes miradas, sus acentos arrancados de lo profundo del pecho, me han herido mas que mil puñales.

CLAUDIO. No me engañé, Gertrudis, no era solo el amor de Ofelia la causa de aquella espantosa melancolía. Y aun cuando viste el atroz espectáculo que representó á nuestros ojos mismos; aun cuando viste en la ejecucion todos los pormenores de la muerte de su padre, aun, incauta, creias sus ficciones!

GERTR. Me juraste que solo la callada luna pudo ser allá desde el cielo, mudo testigo del asesinato.

CLAUDIO. Sí, yo te lo juro, ningun mortal, ninguno pudo ver que derramara en su oido el licor venenoso.—Pero, cómo Hamlet!...—Eso me aterra.—Será decreto de la deidad inexorable que jamás queden ocultos los grandes crímenes! Acaso en tristes sueños habremos revelado todo el secreto.

GERTR. Ay Claudio!! Los latidos del corazon me rompen el pecho. Si vieras á Hamlet, ya arrojando fuego por los ojos, ya en locos delirios postrándose ante la sombra de su padre, que veia en su imaginacion volcánica! Me asió esta mano, y yo sentia todo el furor de la circulacion de su sangre; yo me abrasaba en su incendio; yo, Claudio, he padecido mas crudos tormentos que en las sulfúreas llamas!!...

CLAUDIO. Sus ojos amenazantes?...

GERTR. Ah! sí, Claudio, amenazantes, y estos dos retratos absorbieron todos sus sentidos.

CLAUDIO. Dejo dadas todas las órdenes para su embarque; el vagel espera en el puerto, y el noto hinche las lonas. Marchará en el momento; las tinieblas de la noche ya le verán lejano de las playas de Elsingor.

GERTR. Ay Claudio!... Y con tal precipitacion le has de arrancar de mis brazos!

CLAUDIO. Y aun por él suspiras! Yo no puedo, Gertrudis, no puedo volver los ojos á Hamlet sin ver armada su diestra de un espantoso acero que vengador me amenace.

GERTR. Cuando la rosada aurora brille en las ondas.....

CLÁUDIO. No, seria tarde; tal vez esta noche medita su venganza.—Marchará, marchará, Gertrudis, antes que el sol se precipite en los mares.—Yo lo mando.

GERTR. Y si se opusiera!! bien lo sabes; Hamlet es el idolo de Dinamarca, y el pueblo...

CLAUDIO. Ni el pueblo ni él puedan desconfiar. Públicos son los armamentos de Fortimbrás que acaso amenazan á nuestras playas, y es preciso aprovechar los instantes.

GERTR. Todo lo temo.

CLAUDIO. No, nada temas: Polonio! *(Alto, llamando á la puerta á Polonio.)* Polonio! El mismo Polonio le conducirá á Inglaterra, y Polonio no faltará á sus reyes.

ESCENA V.

Dichos.—POLONIO.

POLONIO. Señor...

CLAUDIO. Si pruebas te he dado de toda la confianza que me inspiras, pruebas me has dado tambien de cuánto la mereces. ¿Te hallarás hoy dispuesto á prestar de nuevo importantes servicios á tu rey y á tu amigo?

POLONIO. Siempre soy Polonio.

CLAUDIO. Bien sabes que organizando Fortimbrás poderosos armamentos, derrama la desconfianza por todas las naciones. Tal vez, por no leves indicios, debemos temer que contra Dinamarca la nube se conjura. Es preciso que sin la menor dilacion, en el momento, yo le pida amistosamente satisfactorias esplicaciones sobre su conducta.

POLONIO. Creo lo mismo, señor.

CLAUDIO. Dinamarca ha sufrido costosas guerras y recientes calamidades; le es necesaria la paz, y deberá evitar todo rompimiento. Con este fin me ha parecido mandar á Hamlet, á Hamlet, que es la primera persona de Dinamarca, á quien Fortimbrás cordialmente ha prodigado el nombre de

amigo, y es preciso que Polonio se encargue del mando de la espedicion.

POLONIO. Si creeis que mi ancianidad será bastante, marcharé gustoso.

CLAUDIO. Sí; y marchareis al momento, esta misma tarde.

POLONIO. He visto la admirable actividad que hay en el puerto, y el pueblo discurre sorprendido no pudiendo adivinar la causa. ¿Pero á qué tanta precipitacion?

GERTR. Es verdad; al romper mañana la aurora...

CLAUDIO. No, todo está pronto; esta tarde. En negocios de importancia son inestimables los momentos: esta tarde ha de ser.

POLONIO. Polonio está dispuesto.

CLAUDIO. Escucha: el pueblo que penetra en los palacios mas de lo que creemos, está acaso en el secreto del amor de Hamlet y Ofelia; pudiera creer que era forzada la marcha del Príncipe: Hamlet furioso de amor, querido del ejército, pudiéramos hallar obstáculos. Pero tú calmas todas las inquietudes; el pueblo no desconfiará cuando te se vea á la cabeza de la tripulacion, y nadie mas interesado que Polonio en conservar su honor puro.

POLONIO. Costoso me es, señor; pero os obedezco, marcharé.

CLAUDIO. Sí, Polonio, en tus virtudes y en tu lealtad fio la pronta llegada de Hamlet á Inglaterra. Búscale ahora; dile que venga, y tú está preparado á la señal primera.

POLONIO. Sereis obedecido.

ESCENA VI.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.

GERTR. Oh Claudio! tú no has visto á Hamlet; no has sentido todo su furor; aun no te ha abrasado con su mano. Yo no podré soportar su vista: no podré volver á escuchar su voz de trueno. Huiré de sus miradas, y marchará, marchará sin que le dé su madre el último adios!

CLAUDIO. Tan débil has de ser!

GERTR. Ah! si le oyeras...

CLAUDIO. Tus persuasiones tendrán en él mas fuerza que las mias; por tu amor te lo ruego, háblale tú tambien, evita las funestas consecuencias de verme desobedecido. Claudio es inexorable, el huracan brama, y estallará el volcan. El rompimiento te costaria el esposo ó el hijo.

GERTR. Sé, Claudio, demasiado todos los horrores que me amenazan; sé lo ingrato que respondes á tanto amor.

CLAUDIO. Porque te adoro soy inexorable. Marchará Hamlet y gozarás de mis caricias en la mas plácida calma.

GERTR. En la mas plácida calma!!...

CLAUDIO. Y aun otra vez levantara la diestra para precipitar en el sepulcro al que arrancaba nuestro contento... Pero Hamlet... Finjamos; acuérdate de tanto amor y de tantas caricias.

ESCENA VII.

CLAUDIO.—GERTRUDIS.—HAMLET *siempre melancólico.*

CLAUDIO. Un asunto, Hamlet, de la mayor importancia, me ha precisado á llamarte con premura.

GERTR. Pero levanta la frente; no quieras labrarte una temprana muerte que aun haga á tu madre mas desgraciada.

HAMLET. Yo levantar la frente!... Desdichado del que tienda en derredor penetrantes miradas!

GERTR. Consuela tu afliccion.

HAMLET. Tal vez no estará lejos mi consuelo.

CLAUDIO. Escucha, querido Hamlet, Fortimbrás ha sido tu amigo, Fortimbrás te ama.

HAMLET. Amar!!... Ya el amor está proscrito de la tierra... La ambicion, la ambicion... Yo solo quiero aborrecer y ser aborrecido!

CLAUDIO. No asi te precipite tu melancolía; escucha, escucha á un Rey que busca la felicidad de su pueblo.

HAMLET. Ya, Polonio, aunque con precipitacion, me ha enterado de vuestros designios.

GERTR. Y qué pensaste, hijo mio?...

CLAUDIO. El pueblo danés espera de su Príncipe este sacrificio.

GERTR. El sensible Hamlet siempre ha adorado á su pueblo.

CLAUDIO. Habrás resuelto?...

HAMLET. Partir...

CLAUDIO. Oh amado Hamlet! en dias mas felices gozará Dinamarca de tus virtudes. La ausencia será corta, y volverás á nuestros brazos y á los brazos de tu pueblo, ceñido de mas hermosos laureles que los que se recojen en los campos de las lides.

HAMLET. *(Con vehemencia.)* Marcharé, marcharé para no volver á hollar esta imágen del averno, para no volver á respirar esta pestilente atmósfera; para no volver á mirar esos tenebrosos jardines. Marcharé, marcharé; surcaré los espumosos mares; buscaré remotos climas; me sepultaré en los hórridos desiertos en que no me fatigará la memoria de mis nativas playas. Marcharé, marcharé; al puerto, al puerto. *(Sale precipitado, y Claudio y Gertrudis le siguen.)*

CLAUDIO. Si marcharás... aprovecharemos su delirio.

GERTR. Piedad, deidades!!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Gran salon de palacio: en el fondo se distingue en trasparente la grande orgía de un banquete; á la izquierda la puerta de un oratorio. Noche.

ESCENA PRIMERA.

Varios CABALLEROS, *Militares, etc.; en el fondo un centinela.*—HORACIO *paseando distraido por el escenario. En el banquete que se descubre, se advierte grande movimiento, y entonar los brindis siguientes cantando:*

Rueden las copas,
fermente el vino,
loco y sin tino
brinde el galan
por los amores
de su hermosura,
que es la ventura
mas celestial.

UN CAB. Magnífico es el banquete; digno de la augusta magnificencia de Claudio.

OTRO. Cuál fermenta ya el vino en las cabezas de los ilustres varones! gran noche nos espera!

OTRO. Entremos, amigos; no avancen demasiado esos malditos y lleguemos solo á los despojos.

TODOS. Viva el vino y la alegria! *(Entran todos al banquete, y son saludados adentro con estrépito.*

ESCENA II.

HORACIO.—OFELIA, *que entra.*

HORAC. Y esta es la córte del venerable Rey Hamlet! Qué orgía! qué escándalo!

OFELIA. Horacio, Horacio, tú estarás en todo el secreto!

HORAC. Yo solo estoy dudando de cuanto me rodea y de cuanto veo.

OFELIA. Y marchó Hamlet, marchó Hamlet sin haberme dado el postrimer adios... Tú viste la actividad para el apresto de los bageles; con la velocidad del huracan surcaron las ondas sin haber esperado el albor del nuevo dia. Compadece, Horacio, á una infelice que á un tiempo la suerte le arrebata á su Hamlet y á su padre.

HORAC. Créeme, Ofelia, nada sé de la veloz partida. Claudio teme á Hamlet, y Hamlet era preciso que marchára. Qué admiracion! Cuando esta noche se preparaba á dar á su padre grandes pruebas de su amor, marcha precipitado......... Pero Polonio que manda la escuadra, habrá podido enterarse de lo que tanto nos admira.

OFELIA. Conoces la reserva de mi padre; conoces su carácter inexorable. Parto, solo me dijo; no sé cuando volveré á tu lado; pero jamás olvides que eres la hija de Polonio. En vano le pregunté, supe que Hamlet partia, vuelo al puerto, y mi padre airado me mandó retirar á palacio.

HORAC. No dejó que vieras á Hamlet?

OFELIA. No, Horacio, no; y desdichada oia las aclamaciones con que el pueblo y la tripulacion saludaban al Príncipe. Tambien oí entre los marinos en voz confusa, «embarquemos á Ofelia,» y entonces mi padre redobló su aspereza, y me hizo conducir á esta morada.

HORAC. *(Con misterio.)* Embarquemos á Ofelia?

OFELIA. Si, pero el rumor duró pocos momentos; el viento hinchó las lonas, y desaparecieron entre las tinieblas de la noche.

HORAC. No puedo, hermosa Ofelia, penetrar este arcano.
OFELIA. Buscaré á los reyes; mi padre ha marchado y puedo muy bien preguntarles sin que mi turbacion toda se atribuya al amor del Príncipe.
HORAC. Sí, corre, Ofelia; yo no puedo abandonar la guardia: luego nos veremos.

ESCENA III.

HORACIO.

Y Hamlet pudo detener su partida hasta la nueva aurora, y Hamlet partió cuando ya levantaba el golpe para vengar á la irritada sombra de su padre... Sus estrechos abrazos, sus errantes ojos me indicaban mil misterios. Hamlet no pudo olvidar la venganza, ni faltar á sus sacros juramentos.

ESCENA IV.

HORACIO.—CORNELIO.

CORNEL. Horacio?
HORAC. Querido Cornelio.
CORNEL. Tu semblante conturbado aumenta mis recelos.
HORAC. Sí, Cornelio, marchó Hamlet; pero no sé que me dijo en su mudo lenguaje.
CORNEL. No le mereceriamos su confianza.
HORAC. Sí, escucha... Ya estás en todo el secreto. Claudio fué el matador de su hermano, y Hamlet ha jurado á su padre una espantosa venganza. En vano el Príncipe ha querido ocultar sus proyectos á las penetrantes miradas del regicida. Su macilenta frente, sus inflamados ojos, su amenazadora voz, todo le llenaba de terror al solo aspecto del vengador de su crímen. Dispone una mentida embajada, Hamlet habia de ser el portador del mensaje para calmar la inquietud del regicida.

CORNEL. Y marchó Hamlet, y todo se ha perdido.

HORAC. No, no es posible; tú conoces á Hamlet; penetró desde luego todo el plan del tirano, y corrió á mis brazos. Yo me embarco, dijo; así conviene, pero estiende la voz entre los marinos de que me alejan de Elsingor para que pierda á Ofelia; y entre once y doce haz que esté de centinela en el fondo nuestro amigo Cornelio.

CORNEL. Hamlet sabrá llevar su plan á cabo.

HORAC. Pero manda Polonio la tripulacion de los bageles; Polonio tan inexorable en el cumplimiento de los mandatos de Claudio; Polonio, que padre de Ofelia, calmará las inquietudes que yo derrame entre los gefes y soldados. (*El reló da las once.*) Pero son las once; relevaremos el centinela; ven, Cornelio. (*Relevan la centinela que se vé en el fondo, queda Cornelio en lugar del que estaba, que marcha; despues Cornelio y Horacio vuelven á la escena.*)

CORNEL. Los justos dioses que han querido rebelar al incestuoso regicida, querrán tambien levantar el golpe vengador...

HORAC. Están cumplidas las órdenes de Hamlet.

CORNEL. No tienes alguna consigna particular que darme?

ESCENA V.

Dichos.—HAMLET, *con armadura y la visera caida.*

HAMLET. Horacio!!

HORAC. / CORNEL. Ah!! (*Como reconociendo la voz.*)

HAMLET. (*Alzándose la visera.*) Yo soy.

HORAC. Vos sois, amado Príncipe!! Cuando os creiamos surcando los abismos.

HAMLET. (*Con vehemencia.*) Y en vano la veneranda sombra rompiera la losa sepulcral, cruzára el éter, y clamara venganza!! Estamos solos?

CORNEL. Sí, Príncipe.

HAMLET. Aun no han venido á estos salones los regicidas?

HORAC. Mirad: les esperan los placeres del banquete.

HAMLET. Sí; la crápula de los banquetes; la orgía del infierno!

HORAC. Pero no surcábais los mares para Inglaterra?

HAMLET. Apenas entre las tinieblas de la noche perdimos de vista las playas «Traicion, clamé, Fortimbrás no amenaza á Dinamarca, es mi amigo, y no es esta la causa del mensaje. Yo amo á Ofelia, Claudio se opone á mi amor, y ha persuadido á Polonio que seré de su honor la mancilla, y el mentido mensaje solo tiene por objeto arrebatarla de mis brazos. En la playa me espera; daneses, si amais á vuestro Príncipe, acompañadme á la playa, que la quiero estrechar en las aras entre mis brazos, y en algun dia harán vuestra ventura sus virtudes.» A la playa, á la playa! fué el grito de la tripulacion; en vano Polonio se opuso valiente á mi querer: quedó arrestado de mi órden; salté á una pequeña lancha con cinco amigos; los bajeles me esperan anclados; y á favor de la noche desembarqué lejos del puerto entre las ruinas de la muralla, y con la visera caida, confundiéndome con las guardias, he penetrado hasta esta mansion de horror sin ser conocido!

HORAC. El cielo os protege.

HAMLET. Polonio incomunicado no puede dar parte alguno; tranquilo el bárbaro, creyendo que surcó el hondo abismo, se entregará á las nefandas delicias, y allí sumergido en el crímen, caerá al golpe vengador.

HORAC. Ya Cornelio hacia la centinela.

CORNEL. Jurando morir por su Príncipe.

HAMLET. Sí, ahora ocuparé la guardia del fondo, y con la visera caida no soy conocido. Tú, Horacio, seguirás como sumiller por estos salones; Cornelio buscando á Marcelo prepararán las guardias, y presentándote con esta credencial á Teodoro *(Dando un papel á Cornelio.)* que en la lancha me ha acompañado, obrareis conformes.—Se sienten pasos, adios; recordad que brama en mi pecho el huracan de la venganza. Marcha, Cornelio. *(Cornelio marcha; Hamlet, cayéndose*

la visera, ocupa la centinela del fondo; y Horacio pasea en lo interior del salon.)

ESCENA VI.

CLAUDIO—GERTRUDIS—OFELIA, *que entran.*—HAMLET *con la visera caida, que ocupa la centinela del fondo, á la puerta del banquete.*—HORACIO *que pasea en lo interior del salon.*

CLAUDIO. Nada temas, Ofelia; en breve volverás á los brazos de tu padre.

GERTR. Y al amor de Hamlet.

OFELIA. En tanta precipitacion ni Polonio me tendió sus brazos cariñosos, ni Hamlet sus tiernas miradas. Ah! es presagio fatal! el corazon no me engaña, no volveré á mirar mis dulces prendas!

CLAUDIO. Calma tu agitacion, yo te lo juro.

GERTR. Concertarán con Fortimbrás amistosos convenios, y cubiertos de gloria volverán á Elsingor, y Ofelia será felice.

OFELIA. Asi lo quiera el Dios de los justos, pero las abundantes fuentes de mis ojos presagian mi destino...

ESCENA VII.

CLAUDIO—GERTRUDIS—HAMLET—HORACIO, *en las mismas actitudes.*

GERTR. Y solo el lúgubre llanto ha de reinar en esta mansion de horror!

CLAUDIO. No, Gertrudis; ya solo reinarán la alegria y las caricias: Hamlet, surcando las espumosas ondas, no nos llenará de inquietud y sobresaltó: en los brazos del sueño, felices veremos la pálida luna recorrer la tachonada bóveda, y la aurora nos verá tranquilos. El banquete nos espera: vamos, Gertrudis: brindaremos por las delicias.—Pero lloras...

GERTR. Nuestra atroz culpa... su hedor sube al cielo llevando consigo la maldicion mas terrible.

CLAUDIO. *(Con desprecio.)* Desdichada!!

GERTR. Pero aunque teñidos en la inocente sangre, sí, Claudio, no faltará en los piadosos cielos suficiente lluvia para volvernos cándidos como la misma nieve. Postrémonos ante las aras, alcemos los ojos al cielo, y quedará borrada nuestra culpa. *(Queriéndole llevar al oratorio.)*

CLAUDIO. Mañana, á la aurora, haremos sacrificios en las aras. Vamos ahora al festin; tiempo hace que no gozamos tranquilos: brindaremos por el feliz viaje de Hamlet; yo siempre á tu lado brindaré por el amor. *(Queriéndola llevar al festin.)* Vamos.

GERTR. Ah, no! Doblemos ante el ara nuestras tenaces rodillas, purifiquemos nuestra conciencia ennegrecida con sombras de muerte. Sí, Claudio, por tanto amor, por tanto crimen: yo te lo ruego... *(Queriéndole llevar al oratorio.)* Vamos.

CLAUDIO. Oh mujer débil!! Marcha á derramar tu estéril llanto sobre el frio pavimento de ese oratorio: publica ahí tu crímen y tu debilidad, que á mi me espera la córte, y me brinda con sus obsequios, y el festin con sus placeres. Brindaré por tu santa conversion, Gertrudis; brindaré por tu inocente llanto y por tu amor á tu esposo. *(Se entra al banquete.)*

GERTR. Y marcha y me aborrece!—Piedad, piedad, deidades! *(Entra en el oratorio.)*

ESCENA VIII.

HAMLET.—HORACIO.

(Dentro en el festin.)

Viva Claudio! Viva Claudio!

(Cantando adentro los del festin con grande estruendo; Hamlet y Horacio se adelantarán en tanto á la escena observando.)

Salud por Claudio,
que corra el vino,
que pierda el tino
el bebedor.

HAMLET. *(Mirando al banquete.)* En la orgia, si, en la orgia... Ya estalla el volcan que me devora, ya siento en mi sangre la nerviosa robustez de la venganza... *(Mirando á Gertrudis, enagenado.)* Y se postra ante las aras, y levanta sus palmas al cielo. Ay madre!!

HORAC. Tranquilidad, Príncipe; la perfidia reina en estos salones.

HAMLET. *(Siempre enagenado y con vehemencia.)* Esta es la hora en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios; á esta hora vaga la venerable sombra, y vuelve luego á los sulfúreos tormentos, y Claudio rie en las orgias... Pero mi madre, Horacio... mira á mi madre: tal vez manda el cielo sobre ella el rocio del arrepentimiento... A pesar de su crimen, aun no la aborrezco: no temas, no, que caiga sobre tu cabeza mi venganza.

HORAC. Sus plegarias suben al cielo.

HAMLET. Este es el momento, Horacio: en medio de la orgia!... *(Se oye constantemente la crápula confusa del festin.)* El sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que el mayo tiene flores, y terrible

ha sido su sentencia: ahora, que respira en el crímen, que caerá precipitado al profundo, y su alma quedará negra y maldita como el infierno que ha de recibirle.

HORAC. Hamlet, Hamlet, aseguremos el golpe.

HAMLET. Augusta sombra! sonrie en tus tormentos, y ven á presenciar tu venganza. Maldicion, incestuoso regicida, maldicion! *(Tira con violencia su casco contra los cristales que dividen la sala del festin: al ruido estrepitoso saldrán corriendo los convidados y Claudio de los primeros, que le asegura Hamlet con la espada desnuda.)*

CLAUDIO. Traicion, traicion!... Guardias!

HAMLET. No. Venganza, venganza!!

CLAUDIO. *(Reconociendo á Hamlet, caerá aterrado de rodillas á sus piés. Todo con rapidez en estos momentos.)* Oh!!

GERTR. *(Saliendo aterrada del oratorio y viendo á Hamlet y á Claudio, cae postrada ante ellos. Todos los de la escena quedarán inmóviles.)* Oh Dios! Oh Dios! Hijo! Hamlet!

HAMLET. Malvado!! *(Le hiere.)* Él fué el matador de mi padre; su sombra vaga por Elsingor pidiendo venganza: el cielo ha revelado su crímen, y yo soy el vengador del cielo.

GERTR. Compasion! Compasion!! *(Grande ruido en el interior: entran amotinados, guardias y pueblo, repitiendo:)* Viva Hamlet! Muera Claudio!

HAMLET. El cielo y Hamlet están vengados.

FIN DEL DRAMA.



Pst! Pst
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los treses el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Cosas de don Juan.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá. . . .	Eladio Altes.
Alcoy. . . .	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almería. . . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin María Casaus.
Aranda. . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez . .	Gabriel Sainz
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Pedro Baquero
Avilés. . . .	Ignacio Garcia.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja. . . .	Francisco Asís de Robles.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Viuda de Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Juan Maestre.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Córdoba . . .	Rafael Arroyo.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Julio de Giuli.
Figueras. . .	José Conte Lacoste.
Gerona. . . .	Francisco Dorca.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja. . . .	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza
Manresa. . . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia. . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José Garcia.
Pamplona. .	Viuda de Ripa.
Paris.	Lassalle y Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Manuel Verea y Vila.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María .	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Pedro Moluer.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota. . . .	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Huebra.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José María del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Manuel Saboie.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Pedro Basañet.
Santiago. . .	Bernardo Escribano.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Manuel Martinez de la Cruz.
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	Felix Mateo.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio María Cebrían.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	Magin Bertran.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Ceno.
Zaragoza . .	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.